

cipes y emperadores, lo que prestan al stilo románico un carácter jerárquicamente aristocrático. El estilo románico imprime también su sello en las obras de fortificación de las ciudades, puertas, torreones, consejos y aun en la arquitectura privada donde los interiores tienen una majestad que parece ostentación en alcobas, estrados, bancos, chimeneas pintadas, frisos decorados y regios muebles.

La escultura románica es vasalla de la arquitectura. Se produce ya en los bajorrelieves de capiteles y de tímpanos, ya en estatuas que muchas veces se mezclan con elementos decorativos ornamentales y está siempre sujeta a la decoración arquitectónica con detrimento de la naturalidad. Casi todas las escenas y las formas son tomadas del arte bizantino. Pero las rígidas formas bizantinas tienden a romper su inmovilidad y aligerar su tiesura como se puede advertir en retablos españoles y franceses. Los elementos geométricos de la ornamentación escultórica son abundantísimos y muchos de ellos no usados hasta esa época.

ARMANDO ROMERO LOZANO,

Doctor en Filosofía y Letras
de este Colegio Mayor.

VISION DE MONTAIGNE

Por VICENTE LANDINEZ

1

Lector: estos renglones, como lo indica su nombre, no tienen la pretensión de componer un estudio profundo sobre la personalidad. Ni siquiera la de formar un ensayo. Más bien, huyendo de todo eso, quieren hacer una semblanza, pintar una estampa, dar una visión —aunque fugaz— de la atrayente figura del contemplativo Miguel de Montaigne.

—¿Cómo era Miguel Eyquem, señor de Montaigne, a los treinta y siete años de su edad?

—¿Era alto, gallardo, buen mozo?

—¿Tenía la mirada altanera, el porte altivo, era fogoso, temerario, quisquilloso, burlón y aventurero como sus indomables hermanos de Gascuña?

—¿Era, por ventura, un cortesano bullicioso, amigo de las orgías, de las fiestas galantes, de la vida refinada y fácil de las cortes?

—¿Quizá un togado intrigante, ambicioso de honores y ávido de glorias y de fama?

NO, nada de eso. Era todo lo contrario: cuerpo ágil y mediano, ligero de carnes, rematado por una cabeza breve cuyo rostro alargado, nervioso y triste, nos recuerda a aquellos graves personajes, aquellos gentiles-hombres meditabundos, duros y monótonos que componen el séquito fúnebre en el "Entierro del Conde de Orgaz" pintado por el Greco.

Nada le conmueve, nada le apasiona. Dijérase cuando está quieto que es él mismo, su copia hecha en cera.

—¿Fue lo que hoy pudiéramos llamar un resentido, un desadaptado en su época?

Creo que la comprendió demasiado. Además, él, a imitación del "filisteo" de nuestras sociedades, se acomodaba, se congratulaba con el medio ambiente y convivía con gentes de los más diferentes temperamentos y de las más variadas costumbres. Ningún hombre le merecía odio ni excesi-



va ternura. Salvo, esta última, en contadas ocasiones: con La Boétie, su amigo "entero y perfecto", y María de Gournay, su "hija por alianza". Apreciaba las gentes humildes. Tenía una "maravillosa debilidad hacia la misericordia". Se afligía "de la indigencia y de la opresión del pobre pueblo". Se muestra uno de los primeros "ciudadanos del mundo", cuando dice: "estimo a todos los hombres como compatriotas míos y abrazo lo mismo a un polaco que a un francés, posponiendo la unidad nacional a la universal y común".

En la Corte fue galante y discreto, en los salones ingenioso hablador, gran curioso de todo y amigo de consejas; respetuoso siempre, buen esposo y padre de familia y amigo inmejorable. Pero la inclinación de su naturaleza contemplativa orientada desde un principio hacia el ideal de una vida sencilla, provinciana y tranquila, le hace tomar un día, ya cumplidos los treinta y siete años de su edad, la decisión de retirarse del "mundanal ruido" y como un eremita va a buscarse dentro de sí en la soledad, a vivir una rica y completa vida interior.

Desde aquel momento se radica en el castillo patriarcal de Montaigne, posición de su herencia, "para reposar —dice él— en el regazo de las doctas vírgenes, en medio de la seguridad y la calma, consagrando al reposo y a la libertad el agradable y sosegado aposento, herencia de mis antepasados". La lectura fue su única pasión desordenada, su lenitivo mayor. "El comercio de los libros —nos cuenta— embota la punta del dolor".

A partir de aquel tiempo nos lo encontramos metamorfoseado (quizá diríamos mejor, modificado), en un hombre bueno, de natural hondo y apacible, "de manera de ser ingenua en tanto que la reverencia pública lo consienta", de condición afable y sosegada, y de carácter bondadoso, ecuánime y sincero. Se propuso desde entonces llevar una existencia casi obscura dentro de su castillo, viviendo frugal y sencillamente, libre de todo engaño y encerrado la mayor parte de las horas del día en su abundante y selecta biblioteca, donde resbalaban mansamente las horas "ni envidioso ni envidiado".

2

Monsieur de Montaigne no tiene pretensiones académicas ni humos de letrado. Cuando escribe lo hace suelta, llana y espontáneamente. Sin reparos de gramático, sin purismos de idioma ni preciosismo de estilo. Desdeña todo ornato y artificio, y valiéndose de palabras rústicas, burdas, descuidadas; pero frescas, donosas y llenas de sangre escribe sus libros. Pero no con el fin "de buscar el favor del mundo, ni trabajar para mi gloria, sino para consagrarlo —explica— a la comodidad particular de mis parientes y amigos para que, cuando yo muera (lo que acontecerá pronto), puedan encontrar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y por este medio conserven más completo y más vivo el conocimiento que de mí tuvieron".

Su obra es, como se ve, una fiel y sentida autobiografía. Desea verse reflejado en ella como en un espejo. "Quiero sólo —apunta al principio— mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudios

y artificios, porque soy yo mismo a quien pinto". Se da a la tarea de retratarse a lo vivo, de contarnos sus experiencias interiores, de exteriorizarnos las impresiones que la naturaleza produce en su mundo espiritual, de contarnos lo primero que se le viene buenamente a la cabeza. El se había retirado para vivir plenamente su vida, para su propia vida, para desenvolver libremente su personalidad, para vivir según su fuero interno, para conseguir la paz consigo mismo. Es un individualista, es también, si se quiere, un egoísta, un apasionado del culto interior. Pero no obstante respeta el convencionalismo aunque le repugne, y muy a su pesar se obliga a usar un lenguaje moderado y discreto para velar un poco su natural franqueza; ya que según nos lo confiesa, "si hubiera yo pertenecido a esas naciones que se dicen que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado bien de mi agrado de cuerpo entero y completamente desnudo".

La hojarasca de citas y ejemplos de que rodeaba profusamente su estilo, creo que le servía de trinchera y anejo para proteger y semiocultar su pensamiento. Pensamiento valiente y atrevido hasta la temeridad en aquella su época.

Montaigne consignaba sus confidencias por el mero placer de mantener, gracias al milagro de la escritura, en todo momento presente, su pasado. En ocasiones, cuando ha buceado demasiado en su alma, parece asustarse de lo que él llama su "deformidad". Y en esos breves momentos, en vez de hacernos la confesión directa, hubiera querido decirnos su congoja en la delicada y evasiva copla del campesino boyacense:

*"A veces pienso unas cosas
que no piensan los demás,
porque si otros las pensarán
se morirían de pesar..."*

Pero no obstante, es precisamente esa "deformidad" de Montaigne lo que más nos interesa de su persona y nos sirve de consuelo, a la par que nos persuade de lo contradictorio de nuestro sér; y de cuán poco cambia el hombre para peor o para mejor, en el largo camino de su historia.

Este cuidado de infringir la costumbre, de respetar el uso, lo llevó hasta el extremo de casarse sin amor con la amable Francisca de la Chassigne, a fin de vivir conforme las demás gentes. Esto, por lo demás, le resultaba cosa fácil, ya que para él le era completamente indiferente permanecer célibe o no. Y yo estoy seguro de que si le hubiéramos preguntado por qué se casaba, habríanos respondido como Sócrates: "Que me case o no, me he de arrepentir". Montaigne trataba tan sólo de vivir —en lo exterior— de acuerdo con su época para que de esta suerte no se viera importunado, ni su conducta le acarrearía críticas ni fuera carne de comentarios. Pues él quería confundirse dentro del montón y pasar como una persona modesta y ordinaria sin ser molestado ni notado. De lo contrario, es seguro, no habría dado esos y otros pasos. Más tarde él mismo habría de decirnoslo: "si hubiera podido, escribe, hacer mi voluntad, no me habría casado ni aún con la misma Sabiduría, que me quisiera; más no podemos evadir la común costumbre. La mayor parte de mis acciones

fueron por imitación, no por voluntad mía". Por las mismas razones, estando ya para morir a la edad de sesenta años y a consecuencia de las anginas, hizo decir la Santa Misa en su cámara, y murió como un parroquiano temeroso y creyente. (Aunque, se entiende, sólo en apariencia).

Entreteníase en las mejoras de su hacienda y en la calidad y abundancia de sus cosechas, holgándose a menudo en la compañía y trato de personas agrestes y ordinarias tales como el barbero, el boticario, el alcalde, el sacristán y algunos dos o tres honrados y timoratos parroquianos.

—¿De qué conversarían?

Ah, pues de cosas harto triviales, estad seguro. Por ejemplo: del estado del tiempo, de la muerte repentina de algún buen hombre, de sucesos insignificantes, de hierbas curativas, de caballos, de perros, de anécdotas caseras. En fin, de ese sinnúmero de frivolidades que no exigen mayor esfuerzo mental. No filosofaba nunca. Comentaba siempre.

Su obra es un mero diario y no trata jamás en ella de cosas científicas, ni nunca muestra el prurito de enseñar. Pues no pretende ser magister ni filósofo ya que como él mismo nos cuenta: "sé, en definitiva, que existe una ciencia que se llama medicina, otra jurisprudencia, cuatro partes de matemáticas, y muy someramente el objetivo de cada una de ellas; quizá conozco el servicio que dichas ciencias prestan a la vida, pero de mayores interioridades no estoy al cabo; ni mi cabeza se ha trastornado estudiando a Aristóteles, Príncipe de la doctrina moderna; ni tampoco empeñándose en el estudio de ninguna enseñanza determinada, ni hay arte del cual yo pueda trazar ni siquiera los primeros rudimentos; no hay muchachos de las clases elementales que no pueda aventajarme, y a tal punto alcanza mi insuficiencia, que ni siquiera me sentiría capaz de interrogarle sobre la primera lección de su asignatura; y si me obligara a hacerle tal o cual pregunta, mi incompetencia haría que le propusiera alguna cuestión general tan desconocida como a mí la elemental".

No creas, lector, que Miguel de Montaigne se sintiese humilde e ignorante al hacernos la anterior confidencia. Absolutamente. Por el contrario, nos respondería: "¿Ignorante, por qué? ¿Acaso el hombre de ciencia o el filósofo saben más del secreto de la vida y de las causas primeras, que el paciente zapatero o el sufrido labrador? ¿Luego los rústicos no viven más felices, despreocupados y conformes que los sabios y los poderosos? Vivamos conforme a los dictados de nuestra razón y tomemos a la Naturaleza por nuestra única guía. No nos devanemos los cesos pensando en cosas que no podremos nunca contestar satisfactoriamente y dejemos en paz y quietud el espíritu de nuestro vecino".

De ahí su vaguedad religiosa, la incertidumbre y fluctuaciones de su pensamiento que han dado lugar, por parte de sus comentaristas, a las más variadas y antagónicas interpretaciones. Pascal creía ver en Montaigne un cristiano; algunos un presagio del autor de "Cándido"; otros un precursor de Descartes. Esta última apreciación me parece ser la más probable.

Así, pues, las páginas de Los Ensayos serán no las de un erudito, (a pesar de las manías de las citas tan propias de su siglo), no contendrán teorías de naturalistas ni elucubraciones de filósofo, sino que son "las divagaciones de un hombre que sólo ha penetrado en las ciencias la parte más superficial". No obstante la fuerza de su ingenio es tal, que a pesar de haber hecho "propósito de hablar de todo aquello que buenamente se ofrece a mi espíritu con el sólo socorro de mis ordinarias fuerzas, aconteceme a veces hallar tratados en los buenos autores los mismos asuntos sobre que discurro". Pero, sin embargo, considerarse "con vista alterada y nubosa" y sentirse "tan débil y tan mezquino, tan pesado y adormecido, que me compadezco", no puede menos de reconocer a veces —pese a su gran modestia— que: "congratúlame, en cambio el que a veces quepa a mis opiniones el honor de coincidir con las de los antiguos". No obstante su devoción por los autores griegos y latinos, logró mantener su inteligencia liberada y supo con gran habilidad apartarse de sus derroteros tan trillados por el Renacimiento.

Su estilo y pensamiento es independiente y original. Siempre piensa por cuenta propia. No se deja influir por ninguna escuela ni credo alguno. Permanece frío e impassible frente a la vida y respecto de las doctrinas de los filósofos, y únicamente se refiere con vehemencia y amor al irónico Sócrates. Su estilo es como su modo de ser: moderado, tranquilo, frío y aplomado. Jamás cae en los extremos. Dijérase que le horrorizan. Siempre tiende a permanecer en un punto medio, en un estado de perfecto equilibrio. Su razón es un fiel que busca siempre la raya central, la mitad del cuadrante. Punto medio entre la realidad y la apariencia, entre el ser y el no ser, entre la duda y la creencia, entre la certidumbre y la incertidumbre.

No se inmuta por nada, no maldice, no protesta, no se enoja ni se apesadumbra. No lucha contra la fatalidad del destino por juzgarlo superior a nuestras fuerzas, y no es amigo de atreverse contra lo imposible. De modo que recibe la vida y los sucesos como vienen, y hasta puede decirse que todo lo que pasa a su alrededor le es indiferente. No se desazona por descubrir verdades ocultas, ni por explicarse misterios, ni por contestar enigmas, ni por resolver problemas; pues todo eso quita la tranquilidad y el sosiego, sin mejorar nuestra vida. "Antes bien, nos dirá Montaigne, la empeora, siendo superflua y vana tarea, ya que no podemos hallar ni conseguir la seguridad de ningún problema, siendo como es la verdad relativa, la ciencia imposible, nuestra razón incapaz y limitada. Abstengámonos por ello de expresar nuestro consentimiento sobre ninguna materia. Si alguna vez se nos viene al meollo preguntas como éstas: ¿Qué es la verdad? ¿Qué es la vida? ¿Qué es el hombre? ¿Quién soy yo mismo? ...Evadámoslas enseguida y respondamos: ¿Qué sais-je? Y hacemos bien puesto que es imposible resolver estas cosas".

Por eso es que Montaigne no nos habla más que de los "desnudos hechos" que ve: Sus caballos, su casa, sus granjas, su mujer, sus amigos, sus sirvientes, sus enfermedades; porque de ésto es de lo único que está

seguro y lo único que es verdadero y palpable. Lo demás son fábulas y fantasmagorías que no aportan sino inquietud y desasosiego en nuestra vida, diría sonriendo.

“Sus Ensayos, dice Emerson, no son más que un entretenido soliloquio acerca de cualquier asunto que se le ocurría; y todo lo trata sin ceremonias, de una manera viril”.

4

De las páginas de Los Ensayos se eleva hasta nuestros oídos una voz de viejo persuasivo que nos dice: “La vida se demasiado inestable y llena de dolor. ¿Para qué la vamos a hacer peor de lo que es? ¿Para qué nos despabilamos en hacernos más escabroso y desgraciado el mísero existir? Procuremos esquivar todo aquello que nos traiga inquietud y turbación, y busquemos una vida que esté lo más posible que podamos de acuerdo con nuestra naturaleza. Volvamos a la vida sencilla, casi primitiva, completamente limpia de todo artificio y oropel. Busquemos la holgura y la comodidad. Evitemos las preocupaciones. Seamos conformes. Recibamos las cosas de buen grado, con resignación, con conformidad. Procuremos ser imperturbables. ¿Qué sacamos nosotros con enfadarnos con la suerte, con maldecir al destino, si estas cosas no se pueden modificar, esquivar ni huir? El hado es ciego, sordo, y no lo podemos evitar. En vez de lamentarnos de nuestros infortunios, procuremos aliviarlos, ver el modo de hacerlos llevaderos y más leves. Si el mundo de los sentidos nos parece insoportable (cosa que no acontece casi nunca), refugiémonos en nuestro reino interior, y recreémonos, holguémonos nosotros, únicamente nosotros en las bellezas que guardamos dentro. No dejemos asomar allí a la duda, al temor, al dolor; pues son sentimientos que turban la paz del espíritu y nos quitan la calma interior. Con el prójimo observad una actitud tolerante y bondadosa. No discutáis con él nunca, “no hagáis a otro lo que no queráis que hagan contigo”. De esta manera viviréis en paz consigo mismo y con los demás”.

—¿Era estóico Montaigne? Es posible que algo. Séneca y Plutarco eran objeto de sus frecuentes lecturas.

—¿También algo epicureísta? No es tampoco arriesgado decir que sí. Al huir del dolor, del desencanto, de la vanidad y el tráfico mundanos, pretendía asegurarse una existencia tranquila, sabrosa, fácil y holgada. Gustaba del ocio, porque este estado es propicio para la meditación fácil, para el cultivo cuidadoso del espíritu. Ante todo, quería, deseaba, se esforzaba por realizarse a sí mismo. Vivió según sus ideas y obró conforme a sus sentimientos.

5

Tres grandes lecciones —entre muchísimas más— se desprenden de Los Ensayos. Es la primera, el intenso amor que Montaigne nos hace sentir por lo acabado y perfecto, por lo preciso y sencillo en literatura. Autor de un solo libro, dedica la mayor parte de su vida a corregirlo, a completarlo y publica, dirigiéndolas personalmente, cuatro ediciones su-

cesivas de Los Ensayos sin que esto obste para que a la hora de su muerte nos deje todavía un ejemplar de su obra tatuado de tachaduras y enmiendas y ribeteado con innumerables añadidos. Más tarde Balzac y Flaubert llevarían este método hasta la escrupulosidad y en veces hasta la misma exageración. Pero es la única manera de hacer obra perfecta y duradera: desdeñando lo superfluo, lo accesorio, lo inútil, para dejar tan solo lo substancial y peculiar.

También Montaigne nos enseña a leer. No se conformó con leer muchos libros sino que apreció lo que leía, y buena parte de Los Ensayos son reflexiones sobre sus lecturas. Se diría que recreaba cada obra de su biblioteca. Tampoco temo decir que fue el creador de la crítica literaria. Poseía un gusto artístico casi infalible y un agudo dón de observación difícil de encontrar. Amaba la poesía con una “inclinación particular”.

Tercera lección: Montaigne nos enseña a ser sinceros, imparciales y veraces. Pienso que los únicos defectos para los cuales no tendría indulgencia serían los de la mentira y la falsedad. Miles de beneficios pueden sacarse de su lectura, pues Los Ensayos son un vivero de ideas donde cada uno encuentra lo que apetece. Una especie de maná literario que toma el sabor que ansía cada paladar.

6

Se puede afirmar que Miguel de Montaigne durante toda su vida no buscó sino la serenidad. Fue honrado y virtuoso por naturaleza, y porque, como más tarde dijera su compatriota Honoré de Balzac: “la virtud no es más que la urbanidad del alma”; y trae por consecuencia al que la profesa, satisfacción de espíritu y seguridad y calma personal. No juzga nada ni nadie, puesto que se contenta únicamente, como lo hace Spinoza, con comprender los actos humanos en vez de criticarlos. Y esto es más meritorio, puesto que es más difícil comprender una vida que juzgarla. Además, él ya no lo había escrito: “El hombre es cosa vana, variable, voluble y ondeante; y es muy difícil emitir un juicio cierto y definitivo sobre él”. No opina sino sobre aquellas pocas cosas de que está seguro. “Lo demás —parece decirnos— no lo conocemos. Debemos por lo tanto respetar las ideas ajenas, puesto que el mundo exterior no es más que una creación de nuestro espíritu, y puede suceder que lo construyan muchos en forma contradictoria y distinta. Nuestra opinión debe valer sólo para nosotros. Debemos observar siempre en nuestro trato con los hombres aquella famosa máxima de Pirrón: “Ninguna opinión vale más que otra cualquiera”.

De ahí nace su amplitud y tolerancia, a la par que su profunda humanidad, su amistosa convivencia y su flexible adaptación. Y es porque Montaigne, más que todo, es rotundamente humano. El sólo pretendió ser un hombre. No echa pie atrás cuando se trata de confesar hasta lo más abyecto de sus acciones o de sus sentimientos. “Cinco o seis ridículas historias —dice— podrían contarse de mí como de cualquier hombre nacido”. Esto revela su robusta honradez. Podemos tener la seguridad de que nos dejó en sus páginas toda su alma escrita, tal cual fue; pues un hombre que aborrecía la presunción, que huía de toda afectación, que odiaba la

vanidad, que se conocía perfecta e íntimamente a sí mismo, debió, mientras se pintaba, hacerse sangrar a fuerza de ser sincero. Esto es uno de los secretos, uno de los resortes que despiertan el interés y traen poderosamente a todos los lectores de la tierra. Es profundamente humano, y todos los hombres, cual más, cual menos: príncipe o siervo, cortesano o soldado, rico, letrado o mendigo, encuentran en "Los Ensayos", obra de todos los tiempos y para todos los hombres, encuentran, digo, algo de sí mismos. Se ven en ellos en parte reflejados. Montaigne fue un hombre, y por lo consiguiente resumía en su flágido cuerpo y espaciosa alma todas las bellezas y deformidades, todos los anhelos e instintos rastreros de la humanidad. En su estilo conciso lo expresó mejor: "Cada hombre tiene la forma entera de la humana condición". Montaigne fue un hombre simbólico, un hombre representativo, universal, espejo común de los mortales. "Su alma —decía Jorge Fox—, era un océano de tinieblas y de muerte, y dentro un océano de luz y de amor". Acaso el hombre no sea más que un complicado claroscuro. Quizá lo único verdadero es su espíritu. Pero mientras esté dentro del estrecho recinto de la carne, será como una bujía encendida en opaca y mísera pantalla. Tal vez estemos condenados a vivir en el terror, en el misterio, en la incertidumbre cotidiana; en tanto que a nuestro espíritu se adhieran como grillos los huesos y la carne, y estemos sujetos como las simples cosas a las leyes incommovibles de la naturaleza física.

VICENTE LANDINEZ

DEL CAMPO HISTORICO-LITERARIO

EXAMEN COMPARATIVO DE LAS CRITICAS DE BOLIVAR Y DE BELLO AL CANTO DE OLMEDO

Por RAFAEL BERNAL MEDINA

En los juicios críticos de Simón Bolívar y de Andrés Bello a "La Victoria de Junín-Canto a Bolívar" del poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, hay una discrepancia en la apreciación del plan del poema. A esta parte de las respectivas críticas se limita el presente examen comparativo.

Olmedo que, al decir de Bello, sirvió con honor a la libertad antes de cantarla, siente encendidas las fibras de su espíritu y de su fantasía al saber las victorias del ejército de América guiado por su amigo el Libertador, y aprovecha este fuego divino para fundir su Canto. Junín y Ayacucho son hazañas bélicas reales en las que, a diferencia de las celebradas por Homero, intervienen más hombres que dioses, y las cuales marcan para el Nuevo Mundo la era "de libertad, de paz y de grandeza". Este es el gran motivo del asunto.

Pero, ¿cómo cantar estas dos batallas reunidas, ya que implican un mismo trascendente resultado, realizándose con seis meses de diferencia? Y, ¿cómo patentizar la sublime fama de Bolívar y loarlo dignamente cual se propone el Canto, si el Héroe no dirige en persona la última acción aunque sí la alienta e inspira y presta "su rayo" a Sucre? Y, ¿cómo en estas circunstancias se establece la unidad del épico himno?

Estos hechos forman el debatido plan de la obra y reducen a prueba el numen y la capacidad imaginativa del famoso vate.

La solución es poética, fruto de la fantasía, como corresponde ofrecerla a un lírico: hace aparecer en las nubes sobre el campo de Junín la "veneranda sombra" de Huaina-Capac, el último Inca que empuñó el cetro del Imperio en toda su plenitud. Y, ¿para qué aprovecha Olmedo esta aparición? Para que él, el Inca, lance el vaticinio del lauro de Ayacucho y advierta a las tropas y a los jefes que es preciso requerir los aceros y aprestarse al último combate. Esta es como la introducción de su oráculo,